

Los Sabios deben conducirse siempre con calma

"Se enojó Moshé con los oficiales del ejército, los jefes de millares y los jefes de centenas, que vinieron de la guerra" (Bamidbar 31:14).

Cuando los soldados de Israel regresaron victoriosos de la guerra contra Midián, Moshé Rabenu se enojó con ellos porque habían traído consigo a las mujeres midianitas. Moshé Rabenu les dijo: "¿Por qué se trajeron a las mujeres midianitas?, ¡si fueron ellas las causantes de que los Hijos de Israel pecaran en lo tocante a Báal Peor!".

Nuestros Sabios, de bendita memoria, dijeron (Tratado de Pesajim 66b): "Toda persona que se enoja [sufre las consecuencias, pues], si es sabia, su sabiduría la abandona". ¿De dónde se aprende esto? De Moshé Rabenu, por cuanto dice el versículo: "Se enojó Moshé con los oficiales del ejército, etc."; y como Moshé se enojó con los Hijos de Israel, su sabiduría lo abandonó. Sobre esto, nuestros Sabios, de bendita memoria, dicen que debido a que Moshé Rabenu se enojó, llegó a cometer un error, puesto que se le olvidaron las leyes referentes a la purga de utensilios de no judíos, y Elazar Hacohén fue el que tuvo que enseñar dichas leyes a los Hijos de Israel en lugar de Moshé Rabenu.

Se puede preguntar sobre este asunto, lo que escribe Marán, el Gaón, el Rishón Letzión, Ribí Ovadia Yosef, zatzukal, respecto de que nuestros Sabios, de bendita memoria, enseñan (Tratado de Taanit 4a) que dijo Rava: "Cuando un Talmid Jajam joven se enoja con cierta persona, no es el Talmid Jajam quien se enoja, sino la Torá que se encuentra en él es la que se enoja; es decir, es por el poder de la Torá que el Talmid Jajam se enoja". Al respecto, dijo Raviná: "A pesar de ello, el Sabio tiene que acostumbrarse a hablar con calma, por cuanto dice el versículo (Kohélet 11:10): 'y quita el enojo de tu corazón'".

Es sabido lo que escribió el Rambam, (Hiljot Deot, 2:3): "El enojo es una cualidad muy mala. La persona tiene que alejarse de la cualidad del enojo tanto como pueda, y educarse a no enojarse, aun por aquello por lo que justificadamente se debería enojar".

Marán, el Rishón Letzión, Ribí Ovadia Yosef, zatzukal, objetó que, de ser así, que lo que dijeron los Sabios en la Guemará acerca de que, cuando un Talmid Jajam joven se enoja, es la Torá la que arde en su ser y es la que se enoja —en que, la intención es decir que aquel Talmid Jajam se

enoja en Nombre del Cielo, virtualmente, con aquellos que hacen enojar a Hashem con sus malas acciones—, todo el enojo del Talmid Jajam es solo para hacerlos retornar al sendero correcto. Entonces, de esta forma, está permitido que el Talmid Jajam se enoje.

De todas formas, el Talmid Jajam tiene que acostumbrarse a conducirse con calma, como concluyó el Rambam sus palabras: "Y si se trata del líder de la congregación, que quiere enojarse con sus miembros para que retornen al buen sendero, les debe mostrar a ellos que se enoja, pero en su corazón no puede haber enojo".

Aprendemos de todas estas palabras que el líder o dirigente de una congregación puede mostrarse enojado externamente, porque se enoja con la congregación para que retornen al buen sendero; y si se trata de un Talmid Jajam, es la Torá la que arde dentro de él y la que lo hace enojar en Nombre del Cielo, porque su enojo está dirigido contra aquellos que enfurecen a Hashem con sus malas acciones, y todo lo que él quiere es que vuelvan a hacer el bien.

Siendo así, de acuerdo con todo lo dicho, podemos preguntar respecto del enojo de Moshé Rabenu, alav Hashalom, contra los oficiales del ejército que regresaron de la batalla contra Midián: ¿por qué, en verdad, a Moshé Rabenu se le olvidaron las leyes de la purga de utensilios de no judíos y fue Elazar Hacohén el que tuvo que enseñárselas a los Hijos de Israel? ¡Si Moshé Rabenu tenía todas las buenas intenciones de enojarse en Nombre del Cielo con los oficiales del ejército que habían regresado de la guerra! Y su enojo se debió a que Moshé Rabenu vio que los soldados habían traído consigo a las mujeres midianitas, las que habían sido la causa del gran daño que había sufrido el Pueblo de Israel y que provocó la muerte de más de 24 mil judíos por el pecado de la idolatría a Báal Peor.

Se puede esclarecer que Moshé Rabenu había escuchado de boca de los soldados mismos, que habían regresado de la guerra en paz: "Tus siervos hicieron un censo de los guerreros que estaban bajo nuestra responsabilidad, y no falta nadie". Es decir, ellos le dijeron a Moshé Rabenu que incluso en cuanto a espiritualidad ellos habían regresado completos en la virtud de la santidad, a pesar de que dicha guerra había sido muy difícil.

Y a pesar de todas las molestias y de todos los obstáculos a la hora de la guerra,

todos los soldados habían retornado vivos y sanos de la peligrosa guerra, lo cual era una señal de que todos eran tzadikim y no habían tropezado —jas veshalom— con el pecado de la indecencia con las mujeres midianitas ni con el pecado de la idolatría. A pesar de que a causa de aquellas mujeres, los Hijos de Israel habían tropezado con la idolatría de Báal Peor, ellos —los soldados— ya conocían las tretas de los midianitas.

Y, siendo así, que Moshé Rabenu escuchó y hasta vio que todos los soldados habían regresado con bien, sin que ninguno de ellos hubiera sucumbido en la guerra, y todos habían permanecido en santidad, ¿por qué tuvo la necesidad de enojarse con ellos? ¿Y por qué tuvo que mostrarles "como si" estuviera enojado con ellos, como si —jas veshalom— hubieran pecado con aquellas mujeres no judías? ¡Si en verdad no habían pecado!

Es por eso por lo que Moshé Rabenu fue "castigado", por el honor de los Hijos de Israel y de aquellos soldados que habían permanecido en su santidad aun en medio de la guerra; y a Moshé Rabenu, se le olvidaron las leyes referentes a la purga de utensilios de no judíos. De esta forma, todos iban a saber que Hakadosh Baruj Hu no le deja pasar a nadie una falta —ni siquiera a Moshé Rabenu, el fiel siervo de Hakadosh Baruj Hu—, cuando ve que no se conducen como se debe. A pesar de que las intenciones de Moshé Rabenu habían sido netamente en Nombre del Cielo, y en nombre de la santidad más elevada, de todas formas, él debería haber pensado un poco, porque a él no le correspondía haberse enojado.

A pesar de que se puede decir que Moshé Rabenu se enojó con los oficiales del ejército porque quizá sí habían pecado con pensamientos pecaminosos, de todas formas, Moshé Rabenu vio, con espíritu profético, que aquellas mujeres le ocasionaron al Pueblo de Israel pensamientos pecaminosos cuando fueron traídas de la guerra. Por eso, Moshé Rabenu se enojó con los soldados, porque habían llegado a tener dichos pensamientos indecentes.

Pero, por cuanto Moshé Rabenu se había enojado con los soldados tzadikim solo por el pensamiento pecaminoso, Hakadosh Baruj Hu lo castigó, porque Hakadosh Baruj Hu no le deja pasar la menor falta a ninguna persona, mucho menos a Sus Tzadikim. Y un Talmid Jajam tiene que conducirse con calma y cuidarse de ni siquiera guardar en el corazón el menor enojo hacia el compañero.



Argentina • Jevrat Pinto

Viamonte 2715

1213 Buenos Aires • Argentina

Tel: +5411 4962 4691 hevratpinto@gmail.com

México • Or Jaim Vemoche

Fuente de Trevi 218

Tel +5559900579 jkursion@aol.com

Mexico City - Mexico

Ashdod • Orh 'Haim Ve Moshe

Rehov Ha-Admour Mi-Belz 43 • Ashod • Israel

Tel: +972 88 566 233 • Fax: +972 88 521 527

orothaim@gmail.com

Ra'anana • Kol 'Haim

Rehov Ha'ahouza 98 • Ra'anana • Israel

Tel: +972 98 828 078 • +972 58 792 9003

kolhaim@hpinto.org.il

Gracias a la bondad Divina

el Rab shlita se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab shlita, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del Tzadik

1 - Ribí Avraham Israel Zeevi, el Rabino de Jevrán.

2 - Ribí Aharón Teumim.

3 - Ribí Shimshón de Ostrapoli.

4 - Ribí Shimón Biderman.

5 - Ribí Yitzjak Luria Ashkenazi.

6 - Ribí Moshé Ezrá Mizrají.

7 - Ribí Shalom Nóaj de Salanim.

Sigüiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita



Divré Jajamím

La curación a través de una porción de torta

Una persona, que padecía de una grave enfermedad y su vida estaba en peligro, vino a pedirme una bendición por el mérito de mis antepasados, ziaa, antes de someterse a una complicada cirugía.

Para darle más fuerza a mi bendición, le di a esta persona una porción de torta. Le dije que se la comiera antes de la operación, y agregué: “Si tiene fe en Dios y en los méritos de los Tzadikim, fortalézcase en Torá y temor del Cielo, y prometa que desde el día de hoy mejorará sus caminos”.

Antes de comenzar la operación, el cirujano no supo cómo explicarle a su paciente que con dicho procedimiento su vida corría peligro. Finalmente, le dijo que era una cirugía sumamente peligrosa y difícil, y que, si tenía fe, debía rezar con todo el corazón pidiendo no perecer en el quirófano, y para que Dios le enviara una curación completa.

Esta persona hizo lo que le aconsejó el médico y rezó desde lo más profundo de su corazón pidiéndole a Dios que lo curara. Comenzaron a efectuar todos los preparativos prequirúrgicos, y de repente, el enfermo recordó la porción de torta que yo le había dado y le pidió permiso al cirujano para comerla.

Es sabido que antes de una cirugía, el paciente debe ayunar, sin comer ni beber en absoluto. Pero en este caso el cirujano pensó: “Esta persona se encuentra de todas formas al borde de la muerte. ¿Por qué no dejarla disfrutar de una porción de torta?”. El médico le dijo: “Si recibió la bendición y la promesa de un Rabino, pruebe la torta y deje el resto para después de la operación”. Debido a que es peligroso comer antes de una cirugía, el médico le indicó colocar en su boca unas pocas migas de la torta y no comer más que eso.

Durante la cirugía, el médico vio que el estado del enfermo era muy grave y que no había mucho para hacer para salvarlo. En consecuencia, cerró la incisión sin haberle corregido nada. Cuando el hombre se despertó, el médico le dijo: “Ahora puede comerse el resto de la torta”. A la familia del enfermo, el médico le transmitió la amarga noticia: no había nada que pudieran hacer para ayudarlo.

La persona, con gran fe, comió el resto de la torta, y un rato más tarde comenzó a decir que se sentía mucho mejor. Los médicos, sorprendidos, notaron que, día a día, en vez de seguir desmejorando, el hombre comenzaba a recuperarse.

Tras efectuarle una nueva serie de estudios, corroboraron que el enfermo había comenzado a curarse lentamente hasta llegar a recuperarse por completo. Este caso provocó un enorme kidush Hashem entre los médicos.

Haftará



“Shim-ú devar Hashem” (Yirmeiá 2).

La relación con la parashá: la Haftará es la segunda de las tres haftarot que establecieron nuestros Sabios, de bendita memoria, que se deben leer en las tres semanas que preceden a Tishá Beav. Y la Haftará trata acerca de la profecía de los sufrimientos que predijo el Profeta Yirmeiá sobre la destrucción de la ciudad de Jerusalem.

Y se acostumbra a leer otros dos versículos de la Haftará de rosh jódesh: “**Has-hamaim kis-i**” (Yeshaiá 66).

SHEMIRAT HALASHON

Con lenguaje suave y con sentimiento

El ayudar al compañero a corregir sus cualidades es considerado como un acto beneficioso.

Si fulano necesita pulir cierta cualidad, entonces, se aplica la mitzvá de “ciertamente has de reprochar a tu compañero”, con la cual tenemos la obligación de llamar la atención de tal fulano con un lenguaje delicado y con sentimiento. No obstante, si uno siente que no puede reprochar al prójimo, y, además, sabe que otras personas están conscientes de aquella mala cualidad de fulano, uno puede hablar con aquellas otras personas al respecto y pedirles su consejo sobre la mejor forma para proceder, o, si es necesario, pedirles que intercedan.

Un ben Torá no tiene que responder a todo

El uso del poder de la boca es considerado como el “oficio” de los Hijos de Israel. Así esclarece Rashí en el Jumash Bamidbar (31:8). ¿Qué implica este apodo, “el oficio” de los Hijos de Israel? El Jafetz Jaím dice que, así como el artesano más grande y hábil necesita de utensilios para crear los productos que vende, así mismo ocurre con cada judío —cuyo poder, grande e inmenso, puede accionar mundos superiores—, quien necesita del utensilio adecuado para poder realizar su oficio. Y dicho utensilio es la boca.

En la alusión, si un artesano hiciera uso de utensilios que no funcionan bien, de nada le servirían todos sus talentos y habilidades, y el producto resultante de la obra de sus manos no se podría utilizar. Asimismo, si el judío, no cuidare de su boca de modo que permanezca sagrada y apta para el servicio a Hashem, producirá un estudio de Torá y unas plegarias sin valor —jas veshalom—. No solo eso, sino que el Jafetz Jaím cita al Alshej Hakadosh, ziaa, que dice que las plegarias y un estudio de Torá como éstos, que salen de una boca que no está limpia, pueden incluso despertar un resentimiento contra el hombre, pues el dueño de dicha boca elogia y alaba al Creador del Mundo con una boca sucia y menospreciable. ¡Esto es algo estremecedor!

Ribí Eliézer Turk, shlita, cuenta, en su libro Otzarotehem Amalé, acerca de un grupo de jóvenes que acompañaron una vez a Marán, el Jazón Ish, zatzal, en su paseo matutino. Mientras paseaban, pasó por ahí un judío simple, un total ignorante, que comenzó a insultarlos. Uno de los jóvenes que había sido agraciado con una boca filosa, le respondió a dicho hombre acordemente, de forma sagaz. Aquel joven estaba seguro de que al Jazón Ish le iba a gustar la forma en que le había respondido a ese hombre. Pero el Jazón Ish le dijo: “¡No le respondiste bien!”. El joven se asombró y le preguntó: “Entonces, ¿qué es lo que debí haberle dicho?”.

“¡Absolutamente nada!”, fue la respuesta del Jazón Ish, con total seriedad. “¡Un ben Torá no tiene que responder a todo!”.

Así sucedió también con Marán, el Gaón Harav Eliashiv, zatzal, en la Festividad de Shavuot, en la época en la que el Rav solía ir a pie desde su Bet Hamidrash, en el vecindario de Mea Shearim, hasta el Cótel Hamaaraví, para rezar allí la plegaria de Musaf de Shavuot. Él encabezaba el grupo de numerosas personas que lo acompañaban para rezar junto con él.

Una multitud de personas como aquella, que iban caminando por las calles, era una escena sobresaliente. A veces, cuando pasaban al lado de los árabes o de personas alejadas de la Torá o de la observancia del judaísmo, esta multitud de personas se convertían en el blanco de expresiones denigrantes, maldiciones e insultos. El Rav Eliashiv les instruyó a los que iban con él no hacerles caso en absoluto y no responderles. La boca de un ben Torá es un utensilio demasiado valioso, destinado a un uso espiritual, al servicio a Hashem, y al estudio de Torá y la plegaria, y no se lo debe usar para todo asunto que surgiera.

Los Tzadikim y los grandes de las generaciones veían con claridad el poder asombroso que tenían las palabras que ellos mismos pronunciaban. El Gaón Ribí Yitzjak Zilberstein, shlita, contó acerca del conocido Tzadik de Netivot, Ribí Israel Abujatzera, zatzal, el Baba Sali, que una vez estaba estudiando en Shabat kódesch, y de pronto, la lámpara de aceite se cayó al suelo. Se prendió fuego en la alfombra y comenzó a arder. El Baba Sali miró el fuego y dijo, como si conversara con él: “En esta casa, observamos Shabat. ¡No tienes derecho a arder aquí!”, y con ello, el fuego cesó allí mismo.

El Baba Sali era un sagrado superior, Talmid Jajam y extremo Tzadik. Esta anécdota no es una maravilla para simples, sino que es una demostración del poder básico de la palabra, un poder que tiene todo judío, si tan solo lo cuidara de la forma debida.



Perlas de la parashá

El habla es una parte del alma

“No profanará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca” (Bamidbar 30:3).

El autor de Beer Moshé destaca lo que escuchó del Jajam Sorek, zal: la persona no debe hacer de su habla algo profano, y debe cumplir todo lo que sale de su boca, sea para bien o para mal, de modo tal que se creen defensores o acusadores. Como dice el Zóhar Hakadosh: “Ven y observa que cada palabra que sale de la boca del hombre hace una corona superior, sea para bien, sea para mal”.

Y así como cuando la persona habla, sale aliento de su boca, y dicho aliento es parte de su vida, de su existencia, resulta que aquel aliento que sale de su boca al momento de hablar, es parte de su alma, porque luego de que el alma deja el cuerpo, no queda ni aliento, ni habla. Por lo tanto, se nos ordenó no hablar cosas profanas o vanas, las cuales van quitando un poco de la esencia del alma.

Nombres sagrados propicios para guardia

“Mil por tribu, mil por tribu, por cada una de las tribus de Israel” (Bamidbar 31:4).

A forma de alusión, Rabenu Yosef Jaím, ziaa, explicó, en su libro Od Yosef Jay, que es sabido que el Nombre sagrado יהוה (no pronunciarlo) insinuado en las letras finales de la frase en hebreo ki mal-ajav yetzavé laj (כי מלאכיו יצוה לך): ‘pues Sus ángeles, Él encargará para tí’) es un Nombre propicio que guarda a la persona cuando sale al camino. Por lo tanto, aquellos que acompañan a una persona que sale en su camino, acostumbran decirle la halajá: Yajid verabim, halajá kerabim (ויחיד ורבים הלכה כרבים): ‘Si un solo Sabio discrepa de la mayoría de los Sabios en la halajá, la halajá se establece de acuerdo con la opinión de la mayoría’, y ellos ponen intención en que la sigla de esta frase forma el Nombre sagrado יהוה.

Hay, además, otro Nombre sagrado que es כל"ך, que también es propicio para el cuidado de la persona en el camino. Y este Nombre está insinuado en la letra jaf (כ), que es la inicial de la primera palabra de la frase ki mal-ajav yetzavé laj (כי מלאכיו יצוה לך): ‘pues Sus ángeles, Él encargará para tí’) y las letras intermedias de la palabra que le sigue, mal-ajav (מלאכיו: ‘Sus ángeles’), como escribió el Arí, zal. Y estos dos Nombres tienen el valor numérico de 111, que es el mismo que el de la palabra élef (אלף: ‘mil’).

Eso es lo que quiere decir el versículo: “mil por tribu, mil por tribu”; Hashem le insinuó a Moshé continuar influyendo en cada tribu una guardia de los dos Nombres, cuyo equivalente numérico es el mismo que élef. De esa manera, “por cada una de las tribus de Israel”, sean aptas o no, “enviarás al ejército”, en donde no habrá acusador ni golpe.

Un refugio seguro para todo judío

“De las ciudades que daréis a los levitas, seis de ellas serán de refugio, las cuales daréis para que el homicida se refugie allí. Además de éstas, daréis cuarenta y dos ciudades” (Bamidbar 35:6).

El Rav autor de Ohev Yisrael, de Apta, ziaa, dice que las seis ciudades de refugio están representadas por las seis palabras de las que se compone la frase Shemá Yisrael, Hashem Elokenu, Hashem Ejad. En estas palabras, el judío tiene que encontrar un refugio seguro para su mente confundida, a toda hora y en toda circunstancia.

Y la frase “Además de éstas, daréis cuarenta y dos ciudades” alude a las cuarenta y dos palabras del párrafo Veahavtá del Keriat Shemá, por medio de las cuales la persona se refuerza en el servicio a Hashem. En estas palabras, la persona encuentra refugio de la “lluvia de aguas maliciosas” del mundo bajo.

La angustia de muchos

“Y se asentará allí hasta la muerte del Cohén Hagadol que fue ungido con el aceite sagrado” (Bamidbar 35:25).

Se puede preguntar: ¿a qué se debe que el versículo hizo depender la estancia del que mató involuntariamente en la ciudad de refugio de la muerte del Cohén Hagadol?

El Rambam, en Moré Nevujim (3:40), explica la relación existente entre estos dos acontecimientos: la Torá hizo que la salida del asesino involuntario de la ciudad de refugio dependa de la muerte del Cohén Gadol, porque la muerte de éste puede mitigar la ira existente por el asesinato del ser querido. Esto se debe a que, por naturaleza, un evento importante y reciente hace que la persona se olvide de algo pasado. Cuando el Cohén Gadol muere, muere la persona más amada por el Pueblo de Israel, entonces, se calma el alma del pariente del asesinado, porque un dolor grande hace que se olvide un dolor más pequeño, y el dolor de muchos ya es medio consuelo...

Del Tesoro

Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Jananía Pinto shlita



Las mitzvot de la palabra

“Cuando alguien haga un voto a Hashem, o un juramento, ligando su alma con alguna obligación, no profanará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca” (Bamidbar 30:3).

En el libro Yeshuot Yaakov, el autor cita, en nombre del Ben Ish Jay, ziaa, lo que éste escribió acerca de dicho versículo: “Cada acto de habla es una mitzvá completa por sí misma, como la mitzvá de la Cuenta del Ómer, en la que el solo acto de habla es en sí mismo el cumplimiento de la mitzvá. Y hay casos en los que el solo acto de habla no es una mitzvá por sí misma hasta que no vaya acompañado de una acción, como cuando una persona promete donar una suma de dinero; el momento del habla no se considera una mitzvá hasta que la persona la completa entregando de hecho la donación que prometió. Y si no cumplió con lo que dijo que iba a hacer, su habla se convierte en pecado. A partir de toda mitzvá, se crea un ángel; siendo así, el ángel creado de un acto de habla como éste, que requiere ir acompañado de una acción, se considera que fue creado en potencial, y no de hecho, porque no se cumplió lo que se dijo. Por lo tanto, el ángel creado por el habla espera constantemente que se realice la mitzvá de hecho, para que se concluya su creación y, del potencial pase a la realidad. Es lo que dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (Toseftá, Julín 2:5): “Es preferible no hacer un voto, a hacer un voto y no cumplirlo”. Entonces, si una persona se comprometió a hacer algo, tiene que cumplirlo y no posponerlo.

De acuerdo con las palabras del Ben Ish Jay, ziaa, podremos comprender cuán grave es hablar en medio de la tefilá. El solo hecho de rezar es en sí una mitzvá de la cual se crea un ángel que dice alabanzas a Boré Haolam y hace de cada letra pronunciada en la tefilá una corona de elogios a Hakadosh Baruj Hu. Cuando la persona reza como debe ser, con intención, el ángel que crea es perfecto, y los elogios que nacen de él a Hakadosh Baruj Hu son aptos. Pero cuando la persona habla en medio de la tefilá, el ángel que nace de dicha tefilá es imperfecto —como la tefilá que hizo la persona—, carente de miembros, con interrupciones de habla profana; y aquello no es apto ni honroso para Hakadosh Baruj Hu.

Imaginémonos un hombre que va al castillo del rey para alabar y agradecerle. De pie frente al rey, le entrega un obsequio defectuoso e incompleto. El rey sin duda alguna se enojará con ese hombre y le dirá que hubiera sido preferible que permaneciera en su casa y no le hubiera entregado nada a haber venido hasta donde el rey para entregarle tal obsequio defectuoso.

Así le dice Hakadosh Baruj Hu a aquella persona cuya tefilá está entrecortada: “En lugar de agradecerme y alabarme, vienes a maldecirme y denigrarme. Habría sido preferible que te hubieras quedado en tu casa y no hubieras venido al Bet Hakenéset para crear, con una tefilá como la que hiciste, un ángel defectuoso, que viene a ser, más bien, un acusador”.

Nuestros Sabios, de bendita memoria, nos dicen (Tratado de Moed Katán 16b): “El Tzadik decreta y Hakadosh Baruj Hu hace que se cumpla”. Aparentemente, ¿cómo puede cualquier Tzadik, por más grande que sea, decretar algo que Hakadosh Baruj Hu Mismo no decretó? Si Hakadosh Baruj Hu no lo decretó, entonces, ¿quiere decir que Hakadosh Baruj Hu no quiere que sea decretado! ¿Cómo puede venir un Tzadik y, por así decirlo, hacer que Hakadosh Baruj Hu haga que se cumpla lo que el Tzadik dijo? Ciertamente, de acuerdo con lo que esclarecimos, podemos decir que el Tzadik que santificó su habla a tal punto que de su boca no salen palabras profanas en absoluto, entonces, su boca resulta sagrada al punto que la Shejiná habla desde su garganta. Por lo tanto, todo lo que el Tzadik decreta no se contradice con la opinión de Hakadosh Baruj Hu. Más bien, al contrario, eso mismo es la voluntad de Hashem, porque la Shejiná habla a través de la garganta de aquel Tzadik.

UN ENFOQUE NUEVO SOBRE LA PARASHÁ

Para poder cumplir la mitzvá de tzedaká hace falta siatá Dishmaíá

Cuando los Hijos de Israel regresaron de la guerra contra Midián, trajeron consigo el gran botín que se distribuiría entre todas las tribus de Israel. Cada uno de nosotros tiene un “botín” de recursos monetarios, el cual fue depositado en nuestras manos por Boré Haolam. ¿Y qué hacemos con ese “botín”? ¿Acaso nosotros sabemos cómo administrar nuestro poder económico de modo que cada centavo llegue a su destino debido? ¡Cuánto deseáramos saberlo!

A pesar de esto, para que nuestro dinero llegue al destino correcto, necesitamos de una gran siatá Dishmaíá, una ayuda del Cielo, la cual se incrementa cada vez que nos conducimos con rectitud y hacemos el uso correcto del dinero que Hashem deposita en nuestras manos para destinarlo a tzedaká, actos de bondad y el mantenimiento de estudiosos de la Torá. No cualquiera llega a tener este mérito.

Ribí Yaakov Moshé Shpitzer, shlita, contó que tuvo el mérito de servir al Gaón Ribí Jaím Zeichik, zal. Cuando una vez, el Gaón regresó de un viaje que había hecho de urgencia a los Estados Unidos, Ribí Yaakov vio que el Rav estaba pálido como la luna, débil y consternado. Pensó en llamar de inmediato a los paramédicos, pero el Tzadik Ribí Jaím lo calmó: “No es necesario. Déjame explicarte a qué se debe mi condición y por qué estoy tan conmovido.

“Hace unos cuantos años, recibí una llamada telefónica urgente de uno de los judíos más ricos de los Estados Unidos que había llegado a la Tierra de Israel por unos cuantos días, y quería encontrarse conmigo.

“Al principio, lo rechacé con delicadeza, pues ¿qué tengo yo que ver con un rico de los Estados Unidos? Aun después de que me insistieron mucho en que lo hiciera, ya que mi encuentro con aquel magnate comerciante iba a ser de gran provecho, me rehusé sosteniendo que no me interesaba nada en este mundo salvo los cuatro amot de halajá a mi alrededor. Pero como me insistieron diciéndome que la donación que iba a dar este hombre rico era muy sustancial, y podría llegar a ser una verdadera fortuna de gran provecho para las cajas de tzedaká y las instituciones sagradas de Torá, accedí al encuentro, y aquel magnate viajó al hotel en donde acordamos encontrarnos”.

Cuando el Rav llegó al hotel y entró al salón en donde tendría lugar el encuentro, se asombró al ver que, en efecto, se trataba de toda una “cita de negocios”. Alrededor del respetable magnate, que estaba sentado en un confortable sofá, estaban sentados unos cinco abogados expertos, quienes le expusieron el asunto al Rav.

Resultó que aquel magnate, que vivía en una de las grandes ciudades de los Estados Unidos, era tan tacaño como rico. Cada vez que se le pedía una donación para algún propósito de tzedaká, se escabullía del asunto, con el extraño argumento de que él no se inmiscuía en discusiones... Y él explicaba, en el motivo de su excusa, que existen muchas institu-

ciones de tzedaká acerca de todo tipo de propósito y, como es la costumbre de los sagrados miembros del Pueblo de Israel, para cada propósito de tzedaká se abren varias cajas de tzedaká y organizaciones que compiten. Por lo tanto, a aquel rico se le había ocurrido dar la excusa de que, por cuanto él no se inmiscuía en ninguna discrepancia —pues cada caja de tzedaká dice que es la más apropiada para recibir la donación de las personas—, se abstenía de dar tzedaká por completo.

Pero ahora, como aquel millonario ya estaba envejeciendo y, al ver que se le aproximaba la hora cero, en la que debería dejar este mundo, y no tenía hijos que lo heredaran, su corazón comenzó a remorderle, ya que se encontraba próximo a presentarse a su Juicio final y temible, y él no tenía siquiera alguien que dijera Kadish por él después de su muerte. Por lo tanto, ordenó que le trajeran a Ribí Jaím, sobre quien había escuchado que era una persona sobresalientemente recta, y le expresó su voluntad de donar toda su fortuna a la tzedaká. ¡Absolutamente toda su fortuna!

“¡Fantástico!”, dijo alegremente Ribí Jaím. “Reparta bien sus posesiones entre las instituciones de Torá. Sin duda alguna, con aquellas sumas exorbitantes, podrá fundar y mantener varias yeshivot sagradas para muchos años. Pero yo todavía no comprendo qué hago aquí. ¿Para qué me necesitan?”.

“¡De ninguna manera voy a repartir mi fortuna ahora en tzedaká!”, aseveró el magnate tacaño. “Todo el tiempo que yo todavía camine sobre la faz de la tierra, quiero que mi fortuna esté a mi lado. Solo después de los 120, cuando muera y deje este mundo y no necesite más del dinero, entonces, traspasaré mi dinero a la tzedaká.

“Por lo tanto”, continuó el magnate, “pedí que usted viniera aquí para nombrarlo tutor de confianza, encargado de velar por toda la inmensa cantidad de dinero de la que se compone mi fortuna, para distribuirla entre las instituciones de Torá como mejor le parezca. Para ello, he traído aquí a los abogados más expertos, de primera categoría, para redactar un testamento detallado que tendrá validez para traspasar todas mis posesiones a su poder para que las reparta en tzedaká”.

Cuando Ribí Jaím comprendió cuán importante era ese momento, del cual dependía la distribución de muchos millones de dólares en tzedaká y actos de bondad, firmó aquel testamento con el magnate, en presencia de los abogados.

Pasaron varios años y llegó la noticia de que aquel millonario había fallecido, y llamaron al Rav para que fuera con urgencia en vuelo directo a los Estados Unidos para formalizar la ejecución del testamento y recibir la grandiosa fortuna. El Rav llegó directamente a la mansión del magnate para ordenar la repartición de la fortuna, tal como lo había solicitado el difunto magnate. Pero cuán grande fue la sorpresa de Ribí Jaím al ver que también, junto con el abogado experto principal, encargado de ejecutar la orden del testamento, había presentes ocho curas de diversas parroquias.

Ribí Jaím se estremeció al ver a los curas sentados esperando junto con él. Con grandes reservas en el corazón, Ribí Jaím le preguntó al abogado: “¿Qué tienen ellos que hacer aquí?”. El abogado respondió a su pregunta, explicándole: “Por cuanto estoy encargado de ejecutar la voluntad del difunto expresada en el

testamento, estamos aquí para repartir la fortuna”. “Eso ya lo sabía”, le dijo Ribí Jaím. “¡Si para eso vine hasta acá! Pero ¿qué tienen que ver esos curas con este propósito?”. Le dijo el abogado: “Es muy simple, esos ocho curas mantienen ocho iglesias de la ciudad ¡y ellos también son parte de las ‘instituciones de tzedaká’ explicitadas en el testamento!”.

“¡Cómo!”, clamó Ribí Jaím con voz temblorosa. “¡Si el difunto era un judío fiel, y él había hablado conmigo explícitamente para que yo destinara toda su fortuna a las instituciones de Torá, a yeshivot sagradas y a tzedaká, y actos de bondad! ¡Qué tienen que ver aquí estos curas con instituciones de Torá y tzedaká de los judíos!”.

Con gran dolor, Ribí Jaím descubrió que aquel abogado experto era un no judío malvado que astutamente había cambiado en el testamento una palabra, por medio de la cual logró destinar la grandiosa fortuna del magante a los curas cristianos, ya que había puesto en el testamento la palabra “Biblia”: “instituciones sagradas de la Biblia”, en lugar de “Torá”. Con esto, el abogado había logrado incluir a las instituciones cristianas de la iglesia en la distribución de la tzedaká.

Ribí Jaím trató por todos los medios de cambiar el duro decreto, arguyendo que estaba claro y era simple de entender que la intención del magnate judío era sobre instituciones judías de Torá, no de no judíos. Pero aquel abogado experto ya tenía preparado un decreto del tribunal (no judío) que había hecho las investigaciones adecuadas de antemano y había decretado que toda la fortuna debía ser repartida entre las diversas iglesias de la ciudad. ¡De esa forma, no quedaba ni siquiera un centavo para la tzedaká a causas judías! Cuando Ribí Jaím vio aquello, empalideció de tanto dolor en el corazón, ya que las sagradas instituciones de Torá y yeshivot habían perdido una cifra inmensurable que aquel pobre magnate judío había dejado, sin poder lograr cumplir con la mitzvá. De modo que, Ribí Jaím dirigió sus pasos de vuelta a su casa, en Jerusalem.

“Por eso, estoy muy apenado y adolorido”, concluyó Ribí Jaím su relato a su fiel discípulo. “Me duele mucho en el corazón porque aquel millonario judío no tuvo el mérito de cumplir en absoluto con la mitzvá de tzedaká. Yo le había insistido que él mismo repartiera en vida su fortuna a la tzedaká, pero él se empeñó en mantener a su lado incluso el último centavo hasta el día de su muerte. De esa forma, perdió una gigantesca mitzvá con la que habría podido mantener instituciones sagradas de Torá, las cuales le habrían servido como un mérito inmensurable en el Mundo Venidero, como dice el versículo (Mishlé 3:18): ‘Es un árbol de vida para los que la sostienen; y quienes la apoyan son dichosos’”.

Ribí Jaím agregó una explicación al hecho de que aquel magnate no había tenido el mérito de cumplir la maravillosa mitzvá de tzedaká. Aquel hombre había retraído su mano de dar tzedaká toda su vida, y solo excusó su proceder con el argumento de que “se alejaba de la discrepancia”. Solo antes de la muerte, él había querido “ganar”, por lo menos, que se hiciera tzedaká con su fortuna, pero desde el Cielo se lo impidieron, y todo su dinero fue a parar donde los curas cristianos. Así perdió aquella preciada mitzvá de la tzedaká aun después de su muerte.